



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

DE LA CULTURA A LAS CULTURAS DE LA MUERTE

Mg. Hiader Jaime López Parra

Psicólogo U. de A.
Especialista en Educación Ambiental de U.P.B
Magíster en Psicología USB
Docente Titular de la UPB

El final de nuestras vidas da lugar a cientos de preguntas médicas, biológicas, psicológicas y éticas. La pregunta ¿Por qué morimos? Es una pregunta inaugural de una serie de reflexiones de carácter trasdisciplinar.

La muerte hace referencia a la interrupción irreversible de la vida; de esta forma la muerte implica un cambio completo en el estado de ser vivo, lo que conlleva una modificación y pérdida de las características esenciales del ser vivo.

Desde el punto de vista estrictamente biológico, el único objetivo de nuestra especie es perpetuar la especie, y para ello la naturaleza otorga a los individuos el tiempo suficiente para crecer, para que encuentre pareja y se apareen y, en algunos casos, cuiden su prole. Ahí no hay ninguna valoración de la vida desde la perspectiva psicosocial. De la misma forma, la muerte habla de cese en las funciones de los órganos, células, y partes de ellas y de la interrupción del latido cardiaco, la respiración, los movimientos, los reflejos y la actividad cerebral.

El concepto respecto a qué constituye la muerte varía según las diferentes culturas y épocas. En las sociedades occidentales, fuertemente influenciadas por la filosofía Platónica y la Teología Agustiniiana, la muerte se

ha considerado tradicionalmente como la separación de alma y cuerpo. En esta tradición ideológica, la esencia del ser humano es independiente de las propiedades físicas. De aquí que, en este sistema de creencias, se ha determinado el cese de la respiración como el signo de muerte. En los textos sagrados católicos el soplo de Dios da vida: “Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente” (Génesis, 2 7) este pasaje bíblico designa al ser animado por un soplo vital, también manifestado por el espíritu. En entrevista de Jesús con Nicodemo, asegura Jesús que: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va”. Jn 3 5-8. De la misma forma, Jesús afirma que: “El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada”. Jn 6 63.

Esta separación cuerpo, alma y espíritu se hizo evidente a lo largo del desarrollo del pensamiento occidental, el cuerpo lo estrictamente somático, el alma la connotación psicológica del ser y el espíritu la esencia divina que habita a estos dos.

Es evidente entonces que, a través de las diferentes épocas de la historia, la expresión física y de sentido de la muerte ha puesto en entredicho una multiplicidad de aproximaciones que han intentado develar el trasfondo de una inquietud latente en la realidad humana: la muerte.

Philippe Ariés¹, asegura que la humanidad ha atravesado cuatro momentos con respecto a la posición con respecto a la muerte:

1. **La muerte domada**, concepción propia de la Edad Media. En este momento histórico la influencia de la Iglesia Católica es definitiva para entender el concepto de la muerte como un paso para acceder a la presencia de Dios. La angustia, la incertidumbre están borradas por la promesa de un mejor estar en el más allá. La seguridad que da el acompañamiento del sacerdote-mensajero y representante de Dios en la tierra es decisivo. Se espera el perdón

¹ ARIÉS, Philippe. El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus, 1999

y para ello, las indulgencias que la Iglesia instaure como posibilidad de pagar en vida por los pecados cometidos y disponer de un lugar en el Cielo, conforme a la generosidad demostrada en la tierra, aparta de la mente del ser humano la angustia anticipatoria del sufrimiento posterior. Como mecanismo de control en el siglo XII se crea el concepto de Purgatorio como estado intermedio, para asegurar mayor efectividad en el recaudo de las indulgencias. Las guerras y las pestes eran el común denominador de la época en mención, por lo tanto, la cercanía de la muerte entre los habitantes del medioevo no generaba ansiedad, pero sí lo era el no alcanzar el perdón antes de morir. Es así como se le temía a la posibilidad de morir súbitamente, puesto que ello aseguraría muy probablemente ser condenado al infierno.

2. **La muerte propia**, concepción del Renacimiento. La influencia de la Iglesia Católica se había ido debilitando, la división fe y razón ofrecida por Guillermo de Occam dio oportunidad para centrar toda la reflexión sobre el individuo y no sobre las verdades eternas. Se reivindicó la estancia en la tierra como posibilidad de realización individual, se destacó la capacidad humana como posibilidad transformadora de la naturaleza y se volvió a los clásicos griegos como estrategia académica e intelectual. Máximas como la Socrática: “Conócete a ti mismo”, vuelve a tener vigencia y significación. “La conciencia de la propia muerte estimula el sentimiento de la fragilidad de la vida humana e influye en el intenso ritmo vital del hombre del Renacimiento, pues le permite vencer el miedo a una vida activa y le lanza a descubrir los mares y las estrellas”.²

3. **La muerte ajena**, concepción de los siglos XVII y XVIII. La valentía demostrada por los seres humanos del Renacimiento se desvanece frente a la ansiedad anticipatoria demostrada por los seres de estos dos siglos. El temor de ser enterrado vivo motiva la literatura de la época, la muerte propia se niega y se desplaza hacia la muerte ajena. La imagen que representa esta época es la del cuerpo muerto, el cual necesita ser develado y comprendido, razón por la cual surge la medicina legal. “El cadáver contiene los secretos de la vida y de la salud”.³

4. **La muerte invertida o prohibida**, expresión del siglo XX. La negación de la muerte es la constante de esta época. En la conciencia social ha desaparecido la pregunta por la muerte. Un representante de esta forma

² MEJÍA RIVERA, Orlando. La Muerte y sus símbolos: Muerte, Tecnocracia y Posmodernidad. Medellín: U. de A., 1999.

³ ARIÉS, Philippe. OP. Cit. 295

particular de concebir la muerte es Sigmund Freud, quien en 1915-1916 escribe su texto “De Guerra y Muerte temas de actualidad”, donde afirma que: siempre nuestra actitud hacia la muerte será atravesada por la perturbación, que por ello en realidad, lo que se hace es hacer a un lado la muerte y eliminarla de la vida. esto porque “en el fondo nadie cree en su propia muerte”, esto quiere decir que, “en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad. Con respecto a la muerte del otro, el adulto la evita y no la imagina porque se siente desalmado. La angustia de muerte generalmente proviene de la culpa. Destaca la condición de ocasional en la muerte, debido a un accidente o a una enfermedad de edad avanzada, porque de esa forma el individuo rebaja la muerte de la categoría de necesidad a contingencia. Frente al muerto familiar, nuestra actitud será de admiración, sepultando con él esperanzas, demandas y goces⁴.

Como hemos visto las aproximaciones hacia la muerte han variado mucho dependiendo de las condiciones sociales, religiosas, políticas y culturales, pero queda una pregunta frente a la muerte como realidad que trasciende las condiciones transitorias de las diversas civilizaciones. ¿Qué hay de tras de todo esto entonces? La respuesta es la muerte y sus imaginarios, veamos más en detalle a qué hace referencia esta respuesta.

Es pertinente entonces mencionar algunas de las formas de expresión de estos imaginarios con respecto a la muerte en nuestra época:

- La expresión de la religiosidad popular.
- Cementerios y celebraciones de difuntos.
- Conducta evitativa de la realidad de la muerte.
- Relación de disfrute con relación a la muerte en los medios de comunicación.
- La muerte como desafío.

La expresión de la religiosidad popular ha encontrado en los novenarios una manera de asumir el transito de la vida a la muerte, éstos han servido de referente simbólico para darle sentido a una “condición de ser” que no se

⁴ LÓPEZ PARRA, Hiader Jaime. *Adulter, vejez y muerte: Una perspectiva psicoevolutiva*. Medellín: U.P.B., 1998

comprende racionalmente y que necesita ser tramitada de alguna forma: el vacío que queda luego de la muerte de un ser cercano. El sinsentido es precisamente la sensación que se percibe luego del deceso del mismo. Hay muchas formas de asumir la muerte, incluso justificándola desde la religiosidad, dándole respuesta a una pregunta existencial que indaga por la esencia de la vida, y por lo mismo, una pregunta por ¿quién se es?, ¿de dónde se viene? Y ¿para dónde se va?. La religiosidad popular ha previsto un conjunto de oraciones que tienen como finalidad acompañar al “caminante” en su devenir hacia nuevas huestes celestiales. La figura del difunto es presentada desde la perspectiva del caminante cansado que vuelve a casa y es recibido con honores por su Padre, le es colocado un anillo en su mano y se celebra una gran fiesta en su nombre. Todo ello debido a su fatigante transcurrir por caminos de la vida, el camino pesado y no libre de pruebas permanente sirvió de escenario de este caminar.

Los Cementerios y rituales de difuntos están llenos de expresiones simbólicas, la situación de clase, estrato socioeconómico y sistema de creencias sirven de fondo de las mismas.

La conducta evitativa ante la realidad de la muerte se verifica en la forma de pensar, sentir y actuar que los seres humanos exhibimos en la época actual. La muerte es el gran enemigo de la vida, se concibe como un intruso que ataca por la espalda, en cualquier momento y sin previo aviso. La agonía del paciente terminal se ha desplazado del hogar, del domicilio regular del mismo al hospital, a la unidad de cuidados intensivos. La muerte es el gran fantasma que amenaza los proyectos y propósitos de los seres humanos, es la “terrorista” que aprovecha la oportunidad para desestabilizar la constitución de vida. “La modernidad necesita esconder la presencia de la muerte en la vida, porque ella derrumbaría su máximo ofrecimiento: lo nuevo siempre es lo mejor y se encuentra en el futuro, tiempo que todavía no es, pero que, se garantiza, llegará a ser, en la línea continua de la vida absoluta”.⁵

Relación de disfrute con relación a la muerte en los medios de comunicación, la que se evidencia en los mensajes explícitos e implícitos que los medios transmiten en sus programaciones cotidianas; el amarillismo frente

⁵ MEJÍA RIVERA, Orlando. Op. Cit. p. 1-2

a la muerte goza en la presentación de imágenes que descarnadamente presentan a los moribundos y el estado cadavérico de algunos seres.

La muerte como desafío es la expresión de juveniles anhelos, donde la muerte es retada con la esperanza inconsciente de poseer la eternidad, aunque de labios para fuera se desafíe temerariamente a la misma. La expresión populista del cancionero señala que “Nadie es eterno en el mundo”, y el séptimo arte de nacionalidad colombiana resalta la condición humana del pueblo en la película “Rodrigo D, no futuro”. Los deportes extremos son una muestra perfecta del desafío a la muerte.

Frente a estos imaginarios con relación a la muerte los seres humanos han construido como realidad de sentido los mitos de la reencarnación y la resurrección, de esta forma el mito se constituye como una realidad de sentido o una realidad de deseo. Con respecto a la reencarnación, también conocida como trasmigración, se puede afirmar que se instaura el miedo de reencarnar en una forma biológica inferior. Y con respecto a la resurrección, esta se la tiene que ver con los miedos alrededor del juicio final, al infierno y al purgatorio. Aunque hoy día se habla de una ruptura de metarelatos que den sentido a las preguntas existenciales de los seres humanos, donde se plantea un paradigma “Holocéntrico”, que desplaza el centro a todas partes y en todos los seres, la explicación teocéntrica y antropocéntrica aún tiene profundas influencias en los imaginarios colectivos.

En última instancia, no porque aquí se agote la reflexión sino por razones prácticas de la presente exposición, lo que más puede llegar a convocar con respecto a la expectativa de la muerte es la ansiedad que causa la anticipación del estado en el que uno está muerto, sin hacer mención de los aspectos relacionados con el miedo a morir o a la muerte de otros seres cercanos.

Lo que queda claro es que con respecto a las culturas de la muerte, según las condiciones sociales y culturales específicas, en las actitudes frente a la muerte se evidencian un profundo malestar inespecífico que hace referencia a: la aniquilación del sí mismo, la muerte como transformación radical y la

muerte como amenaza del significado de la vida y la realización de los proyectos vitales básicos.

BIBLIOGRAFÍA

ARIÉS, Philippe. El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus, 1999

LÓPEZ PARRA, Hiader Jaime. Adultez, vejez y muerte: Una perspectiva psicoevolutiva. Medellín: U.P.B., 1998

MEJÍA RIVERA, Orlando. La Muerte y sus símbolos: Muerte, Tecnocracia y Posmodernidad. Medellín: U. de A., 1999.